



INTIMIDADES REVELADAS:
LAS TRES GRACIAS DE RUBENS
EN LA MIRADA DE JESÚS T. ACEVEDO

Xavier Guzmán Urbiola

La Jornada
SEMANAL
SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA
DOMINGO 15 DE DICIEMBRE DE 2024
NÚMERO 1554



Portada: Las tres gracias, Pedro Pablo Rubens, 1630-1635.

INTIMIDADES REVELADAS: LAS TRES GRACIAS DE RUBENS

Tanto el hecho de que haya residido largamente en Estados Unidos como su prematura muerte, hicieron de Jesús T. Acevedo (1882-1918) uno de esos autores casi desconocidos que, sin embargo, merecían mejor suerte: miembro fundador del Ateneo de la Juventud, arquitecto, escritor y crítico de arte, dejó páginas plenas de lucidez, inteligencia y sensibilidad. Muestra de ello es el texto acerca de Las tres gracias, el célebre cuadro del no menos célebre Rubens, en el que despliega las cualidades antedichas con el propósito simple y generoso de compartir los privilegios de su mirada atenta. Acompaña el breve ensayo de Acevedo un texto del también historiador Xavier Guzmán Urbiola en el que, al hablar de la persona, el oficio y las inquietudes estéticas de Acevedo, lo hace también en torno a la feliz circunstancia en la que un oficio –la arquitectura– en absoluto se opone al interés artístico sino que, en simbiosis, uno y otro se alimentan de manera recíproca.

DIRECTORA GENERAL: Carmen Lira Saade

DIRECTOR: Luis Tovar

EDICIÓN: Francisco Torres Córdova

COORDINADOR DE ARTE Y DISEÑO:

Francisco García Noriega

FORMACIÓN Y MATERIALES DE VERSIÓN DIGITAL:

Rosario Mateo Calderón

LABORATORIO DE FOTO: Adrián García Báez, Israel Benítez Delgadillo, Jesús Díaz y Ricardo Flores

PUBLICIDAD: Eva Vargas

5688 7591, 5688 7913 y 5688 8195.

CORREO ELECTRÓNICO: jsemanal@jornada.com.mx

PÁGINA WEB: <http://semanal.jornada.com.mx/>

TELÉFONO: 5591830300.

La Jornada Semanal, suplemento semanal del periódico La Jornada. Editor responsable: Luis Antonio Tovar Soria. Reserva al uso exclusivo del título La Jornada Semanal núm. 04-2008-121817375200-107, del 18/XII/2008, otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título 03568 del 28/XI/23 y de contenido 03868 del 28/XI/23, otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Editado por Demos, Desarrollo de Medios, SA de CV; Av. Cuauhtémoc 1236, colonia Santa Cruz Atoyac, CP 03310, Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México, tel. 55-9183-0300. Impreso por Imprenta de Medios, SA de CV, Av. Cuicuilhuac 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, Azcapotzalco, CP 02670, Ciudad de México, tels. 555355-6702 y 55-5355-7794. Distribuido por Distribuidora y Comercializadora de Medios, SA de CV, Av. Cuicuilhuac 3353, colonia Ampliación Cosmopolita, Azcapotzalco, CP 02670, Ciudad de México, tels. 55-5541-7701 y 55-5541-7702. Prohibida la reproducción parcial o total del contenido de esta publicación por cualquier medio, sin permiso expreso de los editores. La redacción no responde por originales no solicitados ni sostiene correspondencia al respecto. Toda colaboración es responsabilidad de su autor. Títulos y subtítulos de la redacción.



▲ Octavio Paz. Foto: Rogelio Cuéllar.

EN LOS MÁRGENES: EL SENTIDO DE LO ACTUAL

El libro publicado hace doce años, *De la demonización al análogo*, de Verónica Volkow (CDMX, 1955) sobre la obra y el pensamiento de Octavio Paz (1914-1998) desata, a doce años de su publicación, una reflexión siempre pertinente sobre la poesía del Premio Nobel de Literatura 1990, y claro, sobre el efecto del tiempo en ciertos libros, en este caso, por la naturaleza de su vigencia.

La cultura contemporánea privilegia una noción no sólo elusiva sino en buena medida perversa: lo actual. Un libro se vuelve viejo en un par de meses, una película a la siguiente semana, una noticia al día siguiente (al menos para mí, que todavía leo periódicos) o una hora después, incluso alcanza una velocidad absoluta: se vuelve vieja antes de ocurrir. Hace unas semanas llegó a mis manos un libro de Verónica Volkow publicado hace doce años, *De la demonización al análogo*. Soy asiduo lector de esta autora desde que hace cinco décadas conocí *La Sibila de Cumas* y he seguido su obra a través de sus distintos momentos –poeta, cuentista, memorialista, traductora, ensayista– pero a pesar de ser una autora con prestigio sus libros no reciben mucha difusión. Por ejemplo éste, publicado por el Conaculta en colaboración la editorial Eternos Malabares en una edición bastante fea, no recuerdo haberlo visto en librerías ni reseñado cuando apareció. Ahora, dirá el encargado de compras de la librería, incluso si es de Educal/FCE, ya no es actual. Y sin embargo el libro es de una inusitada actualidad pues, cuando celebramos 110 años del nacimiento de Octavio Paz y veinticinco de su muerte, los dos ensayos que abren el libro son de lo mejor que se ha escrito sobre el poeta, al retomar el camino que va de *El arco y la lira* a *La otra voz*, pasando por *Los hijos del limo*, es decir la visión y filiación de la escritura de Paz con la literatura. El autor de *El laberinto de la soledad* se preocupó –se obsesionó– por la modernidad pero



José María Espinasa



▲ Verónica Volkow. Foto: Rogelio Cuéllar.

no cayó en la tentación de lo actual. Por eso, pienso, el desgaste que el tiempo provoca en una obra no lo ha afectado tanto. Los textos que Verónica Volkow le dedica lo muestran claramente.

El título, un tanto ríspido, invierte para los fines de su análisis el enunciado de tintes más baudelairianos que simbolistas: el demonio de la analogía. La deuda de Paz con Baudelaire, en realidad de toda poesía que busca la modernidad, es inmensa, impagable, a la vez que no requiere ser pagada. La autora analiza con tintes profundos la genealogía de Paz, a partir de Baudelaire, y Mallarmé, ese “enterrador”, y a partir de una lectura crítica de Paul de Mann y su lucha de titanes describe el proceso de parricidio que en cierta manera define la modernidad y una posible “historia literaria” distinta de esa causal y plana a la que estamos acostumbrados, y la aproxima en cambio a la que practica Pedro Serrano en *La construcción del poeta moderno* (del cual se ocupa con tino). Por eso esta aproximación a Paz es diferente de la de otros autores, es fundamentalmente ética y estética y no histórica. Por eso se ocupa de la analogía en el pensamiento de Mauricio Beuchot, un notable filósofo al que la literatura mexicana debería atender más. No es un pensador sencillo pero Verónica lo expone de forma más o menos clara sin que pierda profundidad. Sobre la reflexión sobre el símbolo que emprende ella a través de Beuchot yo tengo mis diferencias, entre otras encuentro la exposición didáctica, pero es evidente que sí dialoga con lo que Paz propone en ese campo.

Uno de los libros clave en las lecturas de Paz debe ser *Los hijos del limo*. El poeta trató de dibujar, en un libro deslumbrante, cuál era el lugar desde el cual quería ser leído. Quisiera ver en la palabra limo una de las claves. No pone lodo, que lo relacionaría con varias mitologías del origen –Dios nos hizo de barro– ni polvo –polvo somos y en polvo nos convertiremos– sino limo, un caldo genitor. Es limo lo que hay en el jardín de Rapa-cini, y ese limo es limo en la medida en que no es origen, como el barro, y lleva en sí al demonio, la descomposición de la materia y en especial, en lo que concierne al hombre, la descomposición del cuerpo. Las nuevas tecnologías nos dicen que nuestra civilización ha dejado de ser analógica. ¿De verdad? O es un simple término para descri-

bir algo nuevo. Las consecuencias del paradigma tecnológico que se pretende imponer están a la vista: un nuevo fascismo legitimado en la era digital.

En un giro extraño la autora nos traza después un retrato de León Trotsky, su bisabuelo, titulado “Trotsky y la poesía de la revolución”. Aunque, bien lo sabemos, la extrañeza no es tanta: Paz inicia su despegue de sus primeras simpatías comunistas hacia el trotskismo que, además, había encontrado nido en el surrealismo bretóniano, muy importante también para Paz, como sabemos por el libro de Víctor Manuel Mendiola *El surrealismo de Piedra de sol: Entre peras y manzanas*, y además la relación entre poesía y arte fue una de sus obsesiones. En todo caso el texto tiene menos calado y abre hacia otras vías, por ejemplo el psicoanálisis. Y aquí, nuevamente vale la pena recordar la presencia de Freud en el surrealismo y a través suyo en Paz. Verónica, así la leo yo, asume una posición no humilde sino marginal, la del escoliasta que lee estableciendo nexos cruzados: comenta, por ejemplo, un libro de

Pablo España sobre el psicoanálisis o la psicología y, en esa lectura, escribe en los márgenes de Freud a la vez que de Paz (y de pasadita Lacan). Para ello maneja una admirable capacidad de síntesis y una más que agradecerable claridad en asuntos más bien abstrusos, y un abanico de referencias notablemente libre, que puede ir de Lukacs y Althusser, en el marxismo, a Gilbert Duran en la antropología de las mentalidades y Simone de Beauvoir en el existencialismo, y asume así que pensar a profundidad sólo se puede hacer desde los márgenes para así evitar el pensamiento dogmático.

Eso la va a llevar, en la función que aquí le asigno de escoliasta de la obra de Octavio Paz, a una de las últimas preocupaciones del poeta, aunque lo acompañó toda su vida: Sade. Insistir en que el Marqués es un enigma sería banal si no se está dispuesto a asumir esa tierra de nadie que representa su obra: moralista sin moral, novelista de ideas, filósofo sin vocación de sistema, revolucionario que cambió el claustro religioso o el entonces aun no tan frecuente cubículo universitario, por la celda carcelaria para escribir una de las obras más libres posibles. Octavio Paz, y Verónica Volkow con él, tiene la convicción de que escribir es una manera específica de la acción, y que por lo tanto el hecho está inmerso en la historia; a la vez sabe que la historia simplifica para darse legitimidad a sí misma y por eso al escribir quiere escapar de esa causalidad inherente a ella. En Ese sentido Sade es un antecedente de la bifurcación que ocurrirá a partir de Nietzsche entre el sistema y el fragmento, entre la moral y la corporalidad, de allí esa demonización de lo análogo. Y al ocuparse de Mishima da un paso adelante al dar cabida a preocupaciones que ya no son de Paz sino de ella misma, y que se constituyen en una especie de cuaderno de lectura.

Lawrence Durrell o Tennessee Williams, grandes escritores del añejo siglo XX, son esa lectura sustraída a la sucesión, pero inserta en el tiempo, profundamente actuales, como lo puede ser Shakespeare. Y así retoma el origen de su libro: Baudelaire como origen de la modernidad, modernidad en la que autores como Sade, el propio Baudelaire y Paz, pertenecen al futuro, ese lugar donde no hay actualidad sino promesa. El cuerpo que Mishima construye como obra de arte para destruirlo en un seppuku tan mítico como terriblemente real, reflejado en el espejo de Sade, cuya presencia sin embargo está ausente, tiene que ver con los poemas funerarios –las tumbas– que Mallarmé escribe a sus antecesores, con el vientre que es plaza de sacrificios en *Piedra de sol*. La sibila de sus orígenes poéticos sigue hablando en la escritura de esta autora y, como suele suceder en todo sentido oracular, en su voz habla la otra voz, diría Paz, las otras voces porque –agrego yo– la otredad siempre es plural.

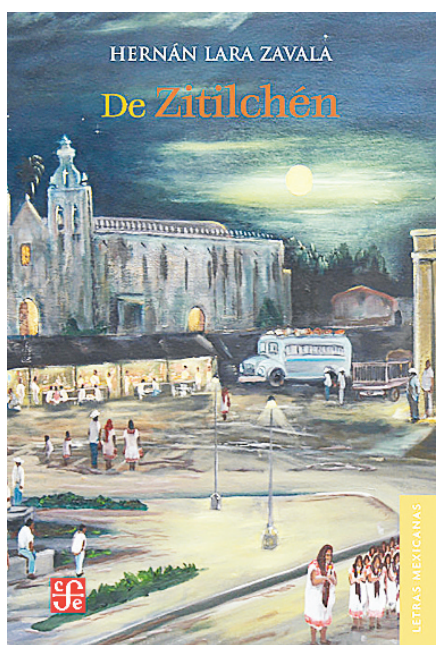
La actualidad preocupa en la medida en que niega lo que es ante todo actitud ante el tiempo. *De la demonización al análogo* llega a mis manos una década después de haber sido editado: esa inactualidad ¿invalida su actitud, su plena vigencia? Es evidente que no: su sentido no tiene que ver con ella, su temporalidad es de una dimensión distinta. Si Sade sigue siendo nuestro contemporáneo es porque sus preguntas siguen siendo válidas. Los libros, sobre todo los libros en papel, son una forma de la espera y de la búsqueda. Hace cien años hubo la eclosión de los movimientos vanguardistas, ahora todo parece vivir una calma chicha, es decir: un momento fermentado. Pero el tiempo de la lectura se sustrae al calendario, oscila entre el instante y el siglo y será triste que el siglo XX no nos hubiera enseñado nada ●



Octavio Paz, y Verónica Volkow con él, tiene la convicción de que escribir es una manera específica de la acción, y que por lo tanto el hecho está inmerso en la historia; a la vez sabe que la historia simplifica para darse legitimidad a sí misma y por eso al escribir quiere escapar de esa causalidad inherente a ella.

MEMORIAS DE UN ASPIRANTE A ESCRITOR

Una breve mirada retrospectiva, ágil y equilibrada, de la trayectoria de un escritor que, en tercera persona, ubica las principales etapas y motivaciones de su larga carrera literaria.



Hernán Lara Zavala



Él estudiaba ya la carrera de ingeniería industrial en la UNAM durante el año de 1968 cuando lo sorprendió el movimiento estudiantil que surgió por un asunto en apariencia banal, pero ante la violencia y arbitrariedad de las fuerzas oficiales, los estudiantes de todo el país se unificaron con sus propuestas e inquietudes sociales y políticas para responder en masa frente a la actitud violenta, arbitraria y corrupta del gobierno del PRI. Los primeros en manifestarse en el mundo fueron los estudiantes franceses de París y Nanterre en mayo del '68. Esas revueltas pronto dieron lugar a uno de los primeros movimientos globales donde la juventud de diversos países – Francia, Alemania, Japón, Estados Unidos y varios países sometidos como Checoslovaquia y algunos otros latinoamericanos –, encontraron una causa común para expresar su descontento social y su desilusión frente al *status quo*.

En su caso particular el aspirante se sentía desilusionado de la carrera de ingeniería y ya había acariciado la remota y compleja posibilidad de cambiar de oficio y aventurarse al campo de las letras. Él tenía entonces veintidós años y ya estaba en el tercer año de ingeniería. Pero cuando su profesora de italiano del CELE, Laura Versini, se enteró de que pensaba abandonar la ingeniería le sugirió que intentara cursar dos carreras simultáneas: ingeniería y letras. Lo dudó pero cuando lo aceptaron en la Facultad de Filosofía y Letras contempló el incierto panorama de estudiar literatura o mejor aún de tratar de convertirse en escritor a pesar de todas sus inseguridades. Uno de sus problemas era a qué carrera inscribirse entre las muchas que se impartían en la Facultad. Revisó los programas de estudio y descartó por igual filosofía e historia. Quedaba clara su inclinación hacia las letras pero, ¿a cuál de ellas dedicarse? ¿Españolas, inglesas, italianas o arte dramático? (Letras Alemanas y Letras Clásicas estaban descartadas por la complejidad propia de las lenguas). Después de pensarlo se decidió por letras inglesas –donde también se incluía litera-

tura norteamericana, que era tal vez la que había leído con mayor frecuencia. Conocía de antemano sus enormes lagunas en literatura inglesa, una de las más completas e importantes de Occidente, sin un solo bache en toda su fuerte tradición desde *Beowulf* hasta *Ulysses*. Le pareció un camino ideal para un aficionado a la lectura con aspiraciones de escritor. Por eso, cuando se tituló de ingeniero, lo primero que hizo fue independizarse de la casa familiar y aceptar la invitación para trabajar como analista en la empresa de consultoría al mando de quien fuera su director de tesis, que se desempeñaba como Gerente General de una empresa alemana. En eso estuvo cerca de cuatro años hasta que logró culminar la licenciatura en Letras Inglesas para darse el lujo de abandonar el oficio de ingeniero y empezar a llevar cursos con grandes maestros como Justino Fernández, Juan José Arreola, Colin White, Ramón Xirau, José Luis González, Antonio Alatorre, Juan García Ponce, Sergio Fernández, Rosario Castellanos, Raúl Ortiz y Ortiz, Luisa Josefina Hernández y tantos más... Cuando se preguntaba por qué quiso hacerse escritor después de los veinte años tenía la sensación de ser un caso tardío en la literatura que tal vez no lo llevaría a buen puerto. Los libros “serios” empezaron a inquietarlo desde otra perspectiva e inició la búsqueda de su identidad a través de sus lecturas, hasta que los libros empezaron a plantearle otro tipo de cuestionamientos de orden estrictamente vocacional, existencial y de manera de vida. ¿Cómo quería vivir? En el proceso de profundizar en la literatura escrita por grandes plumas se le reveló el anhelo de convertirse en escritor, de vivir con la misma intensidad que se vive en la literatura, de vivir literariamente.

Fue hasta entonces que descubrió lo que el movimiento estudiantil del '68 había significado realmente para él: un cambio de carácter vocacional más que de orden político, aunque había momentos en que ambos se alimentaban entre sí. Las vocaciones literarias existen de acuerdo con el género que cada autor disfruta y practica aunque los géneros se hayan vuelto cada vez más ambiguos, difusos

y dúctiles, y hay textos que pueden caber en la categoría que más le convenga a su autor.

Pues bien, nuestro joven escritor se inició en las letras escribiendo cuentos y ensayos, dos ámbitos hacia los que siempre se sintió atraído. En ese entonces se puso de moda el tema de “la novela de la ciudad de México” que tuvo extraordinarios representantes como Luis Spota, Carlos Fuentes, José Revueltas, Fernando del Paso, Vicente Leñero, Juan García Ponce, José Emilio Pacheco y tantos más, hasta llegar a José Agustín y los llamados “escritores de la onda”. Nuestro novel e inexperto escritor sintió que el tema de la capital, por importante que fuera, de algún modo empezaba a agotarse y entonces decidió buscar otro camino hacia la ficción que estuviera más al alcance de su experiencia personal y donde pudiera aportar una visión novedosa del México contemporáneo. Había sido lector de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Juan José Arreola, Juan Rulfo, Agustín Yáñez, Rosario Castellanos, de Helena Garro, de Inés Arredondo y de Eraclio Zepeda, que habían explorado diversas regiones y que habían ido conformando el mapa literario del país durante el siglo XX con maestros del tratamiento de sus respectivas provincias. Pero las principales influencias del joven aspirante a escritor fueron sin duda Juan García Ponce y Juan José Arreola, formador de infinidad de escritores mexicanos de la



Logró culminar la licenciatura en Letras Inglesas para darse el lujo de abandonar el oficio de ingeniero y empezar a llevar cursos con grandes maestros como Justino Fernández, Juan José Arreola, Colin White, Ramón Xirau, José Luis González, Antonio Alatorre, Juan García Ponce, Sergio Fernández, Rosario Castellanos, Raúl Ortiz y Ortiz, Luisa Josefina Hernández y tantos más...

segunda parte del siglo XX, así como Hemingway, Faulkner, Joyce, William Trevor, Chéjov y Tostoy, entre los escritores extranjeros.



La familia de este joven provenía, por parte de padre y de madre, de la Península de Yucatán, cuya cultura era (¿es?) muy diferente de las del resto del país y en donde la civilización maya había tenido una importante presencia. Los intentos literarios de los intelectuales y artistas yucatecos estaban muy cerca de los mitos románticos de la “tierra del faisán y del venado” pero no habían logrado ahondar en la configuración moral y racial ni en los conflictos sociales internos que caracterizaban a la península. Así que el aspirante a escritor decidió iniciarse en la narrativa a través de un libro de cuentos vía novela (como los que había leído en la literatura norteamericana, inglesa e irlandesa) que de algún modo reflejara los conflictos sociales y morales de toda una sociedad y que James Joyce inmortalizó en su libro *Dublineses* cuando intentó reflejar la “parálisis” que padecía su natal, amada y odiada Irlanda.

El libro, que llevaba el extraño título de *De Zitilchén*, esperó cuatro largos años para ver la luz pues su autor se había empeñado en que saliera en la “Serie del Volador”, colección que dirigía con

/ PASA A LA PÁGINA 6

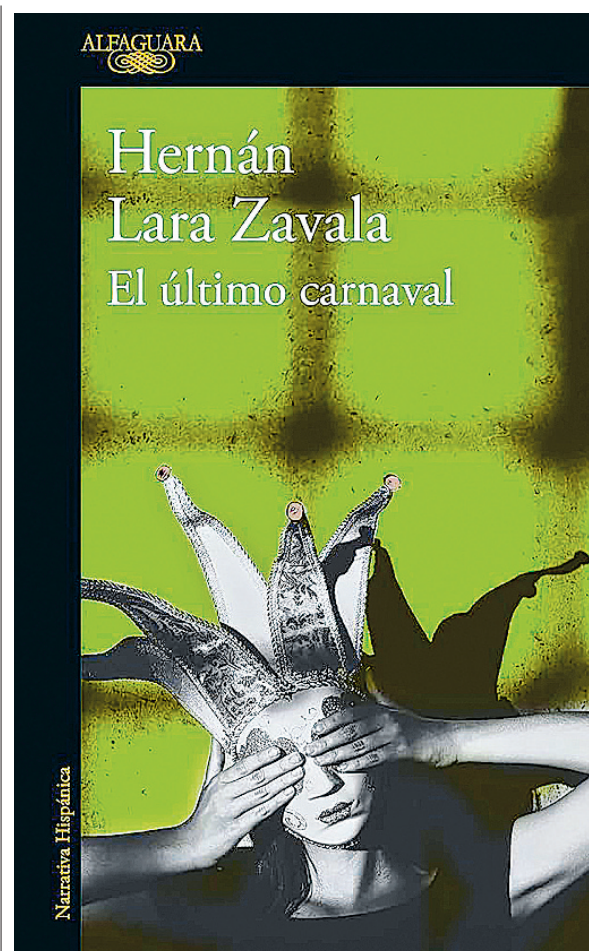
EL ÚLTIMO CARNAVAL: UNA NOVELA DEL PASADO Y DEL ADIÓS

Hernán Lara Zavala (CDMX, 1946) es uno de los narradores más destacados de la generación del '68, en la que se encuentran también Luis Arturo Ramos, Carlos Montemayor, David Ojeda, Guillermo Samperio, Gonzalo Celorio y Paco Ignacio Taibo II. La glosa e invitación a la lectura de su novela *El último carnaval* es el eje de este artículo.

Narrador de excepción, uno de nuestros mejores narradores de fines del siglo anterior y de lo que va de este, Hernán Lara Zavala publicó recientemente una novela autobiográfica, o si se quiere, una autobiografía novelada (*El último carnaval*, Alfaguara, 2023). Lara Zavala pertenece a la generación narrativa del '68, junto al veracruzano Luis Arturo Ramos, el chihuahuense Carlos Montemayor, el potosino David Ojeda, Guillermo Samperio, Gonzalo Celorio y Paco Ignacio Taibo II.

Tal vez su mejor libro, una novela con mayúsculas, sea *Península*, *Península*, incendio y cenizas de la Guerra de Castas yucateca del 1847, guerra que causó, como gran efecto colateral, que la península, entonces independiente, volviera a ser parte de la República Mexicana. En 1858 Campeche se separa de Yucatán y en 1863 el presidente Benito Juárez ratifica la separación. En 1901, en el último tercio de la dictadura porfirista, se parte de nuevo la península a costa de Yucatán y se crea el territorio de Quintana Roo.

Me parece que los mejores momentos de esta novela generacional son cuando describe la visita nocturna al cementerio de Dolores para robar huesos de las tumbas, los pleitos entre pandillas de la Colonia del Valle, y desde luego y ante todo, los avatares de la relación de Adrián Ricart y Magdalena Marín, la cual muestra íntimamente que la primera relación amorosa, que selle a profundidad, conoce la inmensa mayoría de las veces hondos conflictos y angustiosas imposibilidades, relación que pervive, con sus goces y aflicciones,



Marco Antonio Campos

/ PASA A LA PÁGINA 6

VIENE DE LA PÁGINA 5 / MEMORIAS DE UN...

gran éxito por aquel entonces don Joaquín Diez Canedo en la editorial Joaquín Mortiz.

Así que inspirado en los múltiples viajes que realizó desde niño para visitar a sus abuelos y parientes, en su primera obra se atrevió a recrear un pueblo del sureste de México donde se mezclaba la población blanca, la indígena y la mestiza para que reflejara los problemas locales de la entidad. El libro fue el resultado de una arbitraria combinación de algo vivido o escuchado y lo que uno recrea inconscientemente en la imaginación. Ese volumen se pudo haber convertido fácilmente en novela pero el autor prefirió dejarlo como colección de cuentos, en los que cada texto lograba un efecto acumulativo y unitario y que, a la fecha, alberga quince relatos que se han reeditado en varias ocasiones por diferentes editoriales. Un buen día, cuando el autor estaba estudiando todavía en la Universidad de East-Anglia en Inglaterra, Jaime García Terrés publicó en la *Gaceta del Fondo* el siguiente comentario:

¿Quién conoce en México a HLZ? Y sin embargo, se trata de un escritor mexicano, que ha publicado –en Joaquín Mortiz– un libro titulado *De Zitilchén*, y que

▲ **Hernán Lara Zavala, febrero de 2008. La Jornada/ Yazmín Ortega Cortés.**



VIENE DE LA PÁGINA 5 / EL ÚLTIMO CARNAVAL...

con sus furias y penas, aun en la oscuridad gris de la edad tardía.

Lara Zavala es asimismo un cuentista de excelencia, y en esa vía, tengo especial apego por dos libros, *De Zitilchén* (1981), y *Después del amor y otros cuentos* (1995). Influidos por Henry Miller, Lawrence Durrell y Juan García Ponce, el gran centro de sus ficciones es el orbe erótico, con sus intensos esplendores y oblicuidades continuas.

Aunque Lara Zavala recrea los hechos desde un largo monólogo, en párrafos y pasajes, a lo largo de las dos partes de la novela, Adrián hace aparecer a Magdalena en una suerte de monodialogo en el que cuenta la exaltada y dolorosa relación.

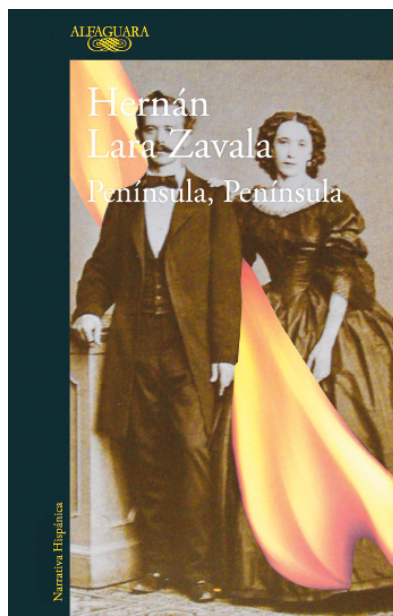
¿Por qué el nombre de Magdalena? Para un lector de Marcel Proust es el dulce que en *A la búsqueda del tiempo perdido* trae numerosos recuerdos que se creían olvidados, y es también lo que el protagonista Adrián hace con *el nombre* de quien de adolescente y de joven amó sin mesura, aun en los largos intervalos de la vida que no se vieron.

Por lo que apunta el autor, Adrián habría nacido en 1945. Sus recuerdos irían de fines de la década de los cincuenta hasta principios de los ochenta, con excepción del último capítulo que parece acaecer en años recientes, y los cuales, por la novela, el lector los vive con nostalgia triste, no por el encanto y la dicha que dieron, sino por las experiencias de un mundo que se perdió y no volverá nunca, en especial la juventud, que no es todo en la vida, pero casi.

Curiosamente la novela empieza con la muerte de Jorge, el hermano mayor de Adrián, una suerte de buena y sobre todo de mala sombra de su infancia y adolescencia, es decir, empieza como si fuera casi el final. Adrián pertenecía a una familia de clase media acomodada de la Colonia del Valle y

“

Tal vez su mejor libro, una novela con mayúsculas, sea *Península, Península, incendio y cenizas de la Guerra de Castas yucateca del 1847, guerra que causó, como gran efecto colateral, que la península, entonces independiente, volviera a ser parte de la República Mexicana.*



estudió en colegios religiosos privados que entonces eran de prestigio.

Los años cincuenta y principios de los sesenta eran un México de costumbres conservadoras. Era el tiempo del explosivo surgimiento del rock and roll, Elvis a la cabeza en los cincuenta, y en los sesenta los extraordinarios Beatles. No saber bailar rock entonces era como aislarse de las muchachas que se anhelaban. Curioso: el rock en español, que en México fue muy bueno y el cual oíamos a diario (a José Agustín le gustaba mucho), aparece muy de pasada en la novela. Era el tiempo igualmente del cine estadounidense que se imponía en México con sus numerosas divas, entre las más atractivas, Marilyn Monroe, Elizabeth Taylor, Ava Gardner, Lana Turner, Natalie Wood, Brigitte Bardot, Michèle Morgan, Catherine Deneuve, Gina Lollobrigida, Claudia Cardinale. Eran los años del cine de arte, que encabezaban numerosos realizadores italianos y en segundo término los de la *Nouvelle Vague* francesa. Se leía a Hermann Hesse, a Curzio Malaparte, a Sartre, a Camus (uno de nuestros dioses y quien nunca escribió libro malo), a Dostoievski, que parecía andar en sus novelas como en un cable de alta tensión, *Padres e hijos*, de Turguéniev, a Aldous Huxley, cuyo *Mundo feliz* sigue siendo tan actual, *El gran Gatsby*, de F. Scott Fitzgerald, obra maestra que deja desgarrada el alma, y el *Cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell, la más intensa revelación que tuvo el propio Hernán Lara Zavala.

Copiando a los gringos, pululaban en esos años en los barrios y los espacios preparatorianos y universitarios las pandillas y porros con cadenas y boxers que se peleaban por algo o por quitarme allí esas pajas. En la Colonia del Valle, una de ellas era *los Calacos*, la cual lideraba Jorge, el hermano de Adrián.

ha merecido la inclusión de un cuento suyo (“A la caza de iguanas” en el Sumario de la importante revista británica *Encounter* (abril de 1981). Candil de la calle... (*Gaceta del FCE*).

De *Zitilchén* le había concedido un lugar en el mundo literario mexicano al autor, que se vio sorprendido por las variadas reseñas positivas que aparecieron durante los primeros meses. Marco Antonio Campos, a la sazón director de Literatura en Difusión Cultural, le brindó su apoyo y amistad para que empezara a participar en lecturas, encuentros, publicaciones y antologías. En su aparición el libro mereció reseñas de importantes críticos como Jorge Ruffinelli, Francisco Zendejas, Federico Patán, Elda Peralta, Armando Pereira, Adolfo Castañón, Francisco Hinojosa, Ignacio Trejo Fuentes y Juan Coronado, entre tantos otros.

Pero él no deseaba quedarse exclusivamente como escritor de carácter regional, así que su siguiente libro de cuentos, titulado *El mismo cielo*, incluyó textos ubicados en diversas ciudades del planeta para consignar que el mundo había empequeñecido y que ahora todos nos encontramos viviendo bajo un mismo cielo. Su siguiente volumen de cuentos llevó como título *Después del amor y otros cuentos*, que trata sobre los conflictos amorosos entre hombres y mujeres.

De *Zitilchén* fue creciendo y en la versión actual incluye quince cuentos, pero eso no significó que el autor hubiera renunciado a aventurarse en el campo de la novela o que hubiera abandonado los

“

Inspirado en los múltiples viajes que realizó desde niño para visitar a sus abuelos y parientes, en su primera obra se atrevió a recrear un pueblo del sureste de México donde se mezclaba la población blanca, la indígena y la mestiza para que reflejara los problemas locales de la entidad. El libro fue el resultado de una arbitraria combinación de algo vivido o escuchado y lo que uno recrea inconscientemente en la imaginación.

territorios de la Península de Yucatán, de modo que en 1990, cuando obtuvo una beca para participar en el International Writing Program de la Universidad de Iowa, aprovechó para escribir su primera obra de largo aliento: un texto de corte testimonial basado en el secuestro y asesinato de líder sindical Efraín Calderón, alias *Charras*, en la ciudad de Mérida, cuyo crimen nunca fue totalmente esclarecido. No era un crimen de nota roja, como en las novelas de Truman Capote o Norman Mailer, sino un crimen de carácter netamente político y social. *Charras* apareció en 1990 y tuvo también una buena recepción por parte de la crítica y sigue vigente hasta la fecha. Cuando se presentó en Cuernavaca el filósofo Ricardo Guerra tomó la palabra e hizo la siguiente aclaración: “el problema que se planteó sobre el caso Charras fue el siguiente: alguien dio la orden de secuestrar al líder laboral para asustarlo pero, quien quiera que haya sido olvidó mencionar, asústelo *pero no lo vayan a matar...*”. La novela sigue vigente bajo el sello Alfa-guarra en su colección Best Sellers.

En 2008 apareció la que tal vez sea su novela más ambiciosa, titulada *Península, Península*, cuyo tema fundamental trata sobre la Guerra de Castas que asoló a la Península de Yucatán en el siglo XIX y que le mereció el Premio Elena Poniatowska 2008 y el Premio Real Academia Española 2009, entre otros reconocimientos.

El autor tiene en su haber una amplia bibliografía que incluye libros de ensayos, de cuentos, novelas y libros de viaje ●



En esos lejanos años, ante las represiones de las familias, los adolescentes, en plena efervescencia erótica, solían estrenarse o foguearse con prostitutas o divorciadas o secretarías o sirvientas, y en el caso de Adrián, fue una de las trabajadoras domésticas de la casa, Flora, que, él no lo sabía, también se acostaba con su hermano y alguno más de *los Calacos*. Eso cambiaría de raíz con la revolución sexual que se dio a mediados de la década de los sesenta.

El principio de la madurez de Adrián se empieza a relatar a partir de la segunda parte, cuando entra en 1964 a Ingeniería, en la UNAM. Gracias a que Magdalena entra a la vecina Arquitectura vuelven a encontrarse. Luego de cuatro o cinco años, Magdalena sigue de novia de Tomás. Del amor platónico

de Adrián pasan a verse a menudo, a los escarceos eróticos agotadores, y por fin a la primera, que sería entonces, la última cópula. Erróneamente Adrián busca formalizar la relación hablando con el padre de ella. La respuesta es brutal.

Pasarían trece años. Antes del nuevo encuentro y regreso con Magdalena están las páginas en las que Adrián rememora la huelga universitaria y la caída del rector Ignacio Chávez en 1966, los inicios de la guerrilla guerrerense, las idas destrampadas con amigos y amigas a Acapulco, los avatares del movimiento estudiantil del '68, su primer trabajo como ingeniero, su paso por Filosofía y Letras y el aprendizaje deslumbrado en las clases-taller de Juan José Arreola, la salida de la

“

Antes del nuevo encuentro y regreso con Magdalena están las páginas en las que Adrián rememora la huelga universitaria y la caída del rector Ignacio Chávez en 1966, los inicios de la guerrilla guerrerense, las idas destrampadas con amigos y amigas a Acapulco, los avatares del movimiento estudiantil del '68.

casa y la independencia familiar, los arduos inicios en la escritura, su Poética de la literatura bajo el seudónimo de Lorenzo G. Cantón...

Después vendrá el tercer encuentro en 1977, cuando Adrián retomaría la relación con Magdalena, que vive ya un matrimonio fracturado y tiene dos hijos, y otros reencuentros breves en esos años. Ya toda unión sentimental y sexual parece haber terminado cuando ambos están cerca de los cuarenta años de su vida.

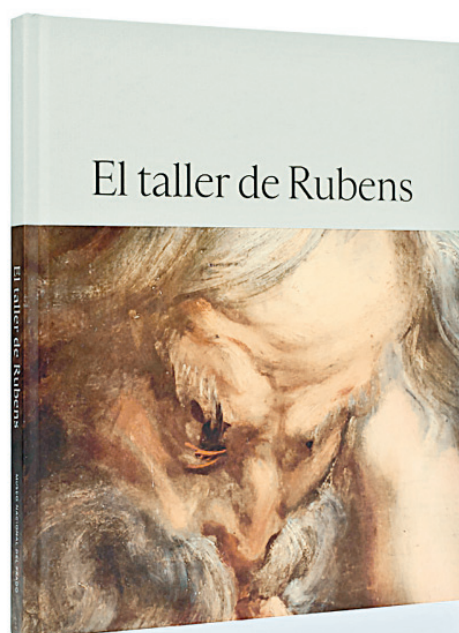
La novela parece haber terminado, pero hay una coda. Como en esos versos de Mario Luzi de su inolvidable poema “Ménage”, cuando el poeta mira a los ojos de la amante, quien parece decirle, mientras el marido crea una atmósfera imposible: “No en esta vida, en otra”, fulgura su mirada alegre/ y más bien evasiva y como agraviada/ por la presencia del hombre que la limita y la aplasta.”

“No en esta vida, en la otra”, se despediría Adrián ●

INTIMIDADES REVELADAS:

LAS TRES GRACIAS DE RUBENS EN

No sucede con frecuencia que la historia de un cuadro ilustre y descifre aspectos del mismo; en el presente artículo se lleva a cabo esa tarea y, al mismo tiempo, también se estudia la mirada de Jesús T. Acevedo (1882-1918), erudito y talentoso arquitecto mexicano de filiación política por demás controvertida, ante *Las tres gracias*, la célebre pintura de Paul Rubens (1577-1640).



En el Museo del Prado, el 15 de octubre pasado, se inauguró la fantástica exposición *El taller de Rubens*. Permanecerá abierta hasta febrero del año próximo. La ocasión es propicia para acercarse al maestro flamenco, pero también para recordar al arquitecto mexicano Jesús T. Acevedo. ¿Por qué?

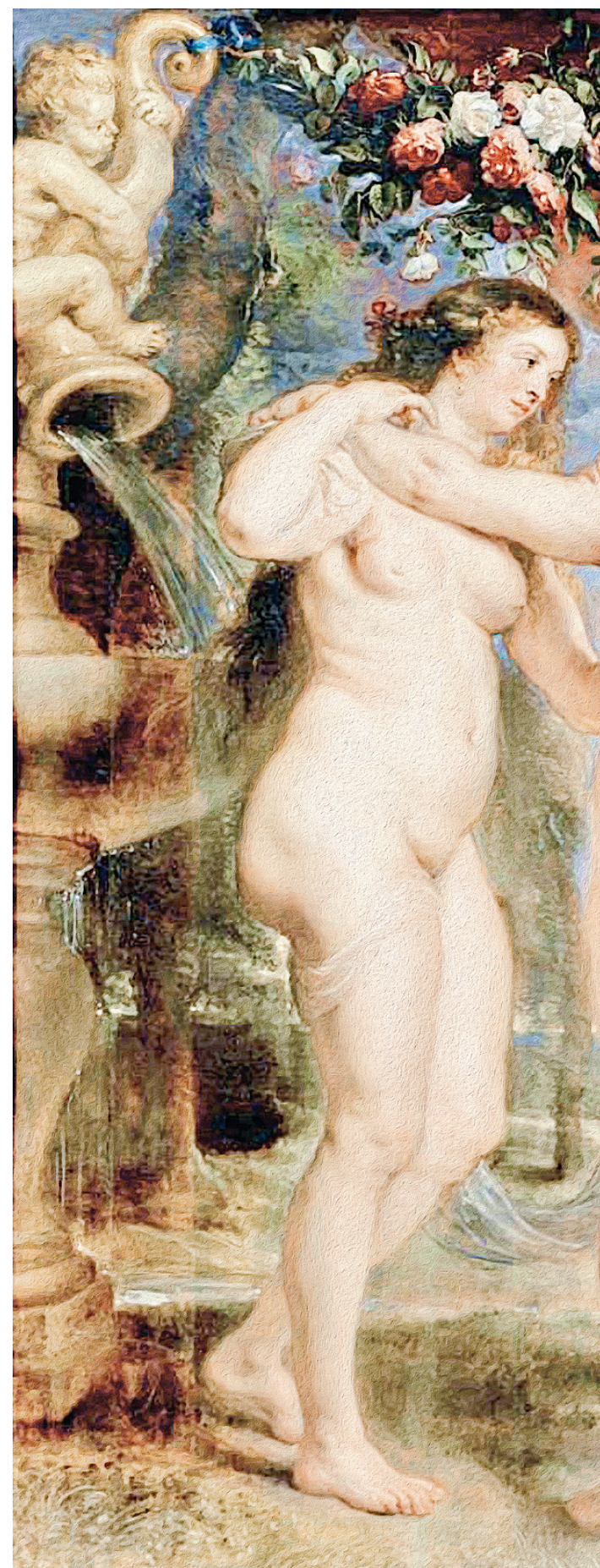
Acevedo (1882-1918) fue un miembro desconcertante de la Sociedad de Conferencias y el Ateneo de la Juventud. A los estudiosos de la cultura mexicana en el arranque del siglo XX nos intriga su trabajo como arquitecto, escritor y animador de iniciativas. ¿Qué obras hizo más allá de las dos o tres documentadas? Pero también nos inquieta su personalidad, pues muestra alturas enormes y bajezas bochornosas. El dilema que plantea entenderlo combina a un atractivo arquitecto y escritor de temas exquisitos, mezclado con un funcionario abusivo. Él fue el triste coordinador de los violadores de correspondencias privadas para realizar espionaje durante la presidencia de Victoriano Huerta. Por si algo faltara, y como consecuencia de lo anterior, una nube de sombras se tendió en torno a él y su obra.

Lo poco que sabemos de su pensamiento se halla en su único libro póstumo, *Disertaciones de un arquitecto* (1920). Ahí se retrata a un hombre culto, que contribuyó a actualizar la reflexión en su disciplina, y los estudios sobre lo clásico en las artes plásticas y la literatura. Julio Torri opinó que dominó “como ninguno la literatura francesa”. Él introdujo a Alfonso Reyes en la lectura de Mallarmé. Genaro Estada intentó reunir su obra.

En el mundillo de la cultura, al inicio de la segunda década del siglo XX, todos recordaban las posturas individuales, mismas que condicionaron actuaciones durante los violentos sucesos de aquel pasado inmediato. Dentro del grupo triunfante no había la serenidad para valorar a los opositores. José Vasconcelos en la Secretaría de Educación Pública, al contratar a Federico Gamboa, inició la reconciliación con sus antagonistas. En la correspondencia entre Reyes y Estrada, así como con Torri, hay referencias desde 1914 sobre lo que él consideró intentos compartidos por rehabilitar al amigo común. En marzo de 1925, muerto Acevedo, Reyes urgía a Estrada a darle noticias de un proyecto a la postre frustrado: “¿qué pasó con el libro de Acevedo que formamos entre Julio y yo?”

Un arquitecto escritor

JESÚS T. ACEVEDO huyó de México en agosto de 1914. Se instaló en Madrid. Durante su exilio (1914-1917) escribió y publicó en periódicos y revistas una serie de textos sobre temas diversos. Reyes no sólo los leyó, sino recortó algunos. Él mismo y Estada pensaban que la prosa de Acevedo era “descriptiva”. Por Reyes se sabe que al menos tres se publicaron en *El Figaro* en 1915. Era la época



▲ Portada: *Las tres gracias*, Pedro Pablo Rubens, 1630-1635.

LA MIRADA DE JESÚS T. ACEVEDO



en que Acevedo paseaba para dibujar, acompañado de Diego Rivera, su condiscípulo en la Academia de San Carlos. El guanajuatense pintó entonces el retrato cubista de Acevedo: *El Arquitecto*. Puesto que compartían la vecindad de un edificio destartalado en la Plaza Santa Ana, Martín Luis Guzmán, Reyes y Acevedo, para entretener a sus familias, los domingos hacían representaciones de cuadros emblemáticos del Museo del Prado:

Por ejemplo, el retrato del Conde-Duque de Velázquez. Él hacía de caballo bravo, con fuego en los redondos ojos; yo hacía de jinete, y el otro vecino –Martín Luis Guzmán– se ingeniaba yo no sé cómo para hacer de fondo del paisaje.

Exhumo el artículo titulado “Las tres gracias”, que comparte su nombre con el famoso cuadro de Peter Paul Rubens (1577-1640), por varias razones. Porque entronca con el interés de Acevedo por llevar los cuadros del Prado desde su sede a su alma y de ahí a su casa. Porque ayuda a / PASA A LA PÁGINA 10



▲ Jesús T. Acevedo. Foto: Fototeca Nacional, INAH.

LAS TRES GRACIAS

La cita fue en una tibia campiña frecuentada por gacelas, junto a la fuente de bronce, a la entrada del bosque profundo, mansión de hamadriadas.¹ De la horqueta del árbol amigo cuelgan las sedas de fiesta, los linos puros, los encajes. Las tres damas desnudas forman un trípode venusto y claro. Los cuerpos son de rosa, de crema, de jazmín, de nieve. Los torsos convergen al ansia común de confidencia: los brazos ondulan como festón largo y fresco; las piernas descansan en armoniosa semiflexión y parecen preparadas a danzar en ronda. La rubia es la invitada. Inclina ligeramente la cabeza, mira con timidez, sonrío. Su carne guarda firmezas de la primera juventud, y la línea que desciende de su cuello tiene ímpetus y saltos de gracia nueva. Su canastillo de trenzas pálidas como el trigo tierno luce aljófares² y rizos. Para ella son los halagos de las amigas que espían su deseo. Se ofrece complaciente, se deja palpar el brazo suave, y mira con sus ojos azules, engañosamente virginales. La dama del centro –fuerte espalda, anca robusta

mal envuelta en un cendal–, la contempla, y alargando el lindo brazo, atrae a la discretamente alejada que lleva suelta la roja cabellera y tiene mejillas de arrebolada camuesa.³ Hay un ambiente de olvido feliz, envidiable y propicio. El calor de la ansiada intimidad se difunde como un embeleso. El búcaro vuelca su chorro diamantino en el tazón de mármol. Entre la rama y el niño de bronce, cuelga, formando toldo a las tres cabezas plácidas, una guirnalda tejida con las mejores flores del campo.



DESDE EL PUNTO de vista de la pintura opulenta, habrá de imponerse este cuadro de Rubens. Una vez más, en su larga carrera y en su obra numerosa,⁴ se complace el autor en pintar la pulpa florida y lustrosa de las damas flamencas. Siempre que acomete este género de pintura, lo hace con apetito fuerte y sobrada pericia. Su simpática disposición lo llevó a enriquecer con nuevas sinuosidades y jugosas coloraciones el mundo de las formas vivas. De esa suerte se sale de la vieja tradición mística y austera de su país natal. He dicho mística, otros dicen naturalista. Por mucho que admiremos a los primitivos de Flandes y reconozcamos su honradez y sabiduría supremas, no podemos menos

Jesús T. Acevedo

/ PASA A LA PÁGINA 10

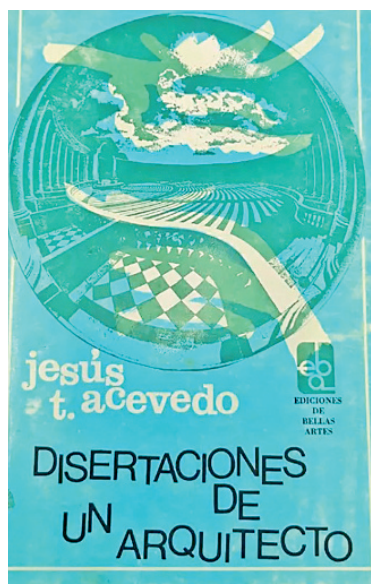


▲ *Allegoría de las bendiciones de la paz*, 1629.

VIENE DE LA PÁGINA 9 / INTIMIDADES REVELADAS...

entender su compleja personalidad y múltiples intereses. Porque Acevedo fue atraído por esa singular obra, que justo ahora puede admirarse en el contexto de la exposición del Museo del Prado. También, porque los arquitectos no suelen escribir y, cuando lo hacen, es para justificar lo que construyeron, o para promocionar lo que quieren construir; aquí estamos en cambio ante un excepcional ejemplo de creación original y además su buena pluma envuelve conceptos provocadores. Finalmente, el texto, aunque “descriptivo”, es interesante por las múltiples lecturas que pueden hacerse de él. La que sigue es sólo una.

“Las tres gracias”, de Acevedo, se enfoca en el cuadro que admiró en el Prado (éste no lo usó desde luego para entretener a su familia), asunto en apariencia acotado, pero en este breve texto va más allá al proponer implicaciones imprevistas. Enumera los elementos del óleo en que Rubens congeló una escena mitológica, que pintura y escultura tomaron como tema de modo recurrente desde la Antigüedad hasta el momento en que el maestro de Flandes realizó su versión (1635) y después durante largo tiempo. Es un óleo sobre tabla de roble de gran formato, 220.5 por 182 cms. En la parte posterior tiene un par de inscripciones: una A y una M entrelazadas, símbolo gremial de los pintores de Amberes. El óleo congela el momento en que dichas deidades (Eufrosina, Aglae y Talía) se disponen a iniciar en conjunto una danza que celebra, como sus nombres lo indican, el júbilo, la belleza y la abundancia. Las esculturas de estas tres damas en la Antigüedad solían colocarse en manantiales para festejar su prodigalidad, con lo cual se tornaban en actos de agradecimiento colectivo. Gracias y *grazie*, en español e italiano, han conservado esa intención de gratitud. Sin embargo, en su texto el arquitecto



fue más allá: hizo historia de la cultura y recordó las visiones católica y protestante sobre el desnudo, enfatizando sus puntos en común, para destacar las aportaciones de Rubens.

Pintado para sí mismo

LAS TRES GRACIAS de Rubens se encuentran en España, según algunos autores, desde que el rey Felipe IV lo compró a los herederos del pintor después de su muerte en 1640; según otros, desde 1666 en que hay evidencia de su presencia dentro de los inventarios reales. Cuando se fundó la Academia de San Fernando (1752) y el desnudo pasó a considerarse de mal gusto, fue del alcázar del Palacio Real de Madrid a los acervos reservados de dicha institución, y de ahí ingresaría al Museo del Prado

a inicios del siglo XIX, pues se sabe que alcanzó a pertenecer a Fernando VII.

Es un cuadro colorido, cosa que Acevedo menciona, donde la iluminación viene del observador y del lago al fondo, enmarcando la escena principal al centro. Vale la pena hacer una digresión. La mujer rubia de la izquierda es posible, por su parecido, que sea una alusión del pintor a su segunda esposa, Helena Fourment, a quien se unió por entonces y contaba dieciséis años, mientras él tenía cincuenta y tres. Rubens fue un artista que cultivó la importancia que merecía, pero también logró éxito económico y reconocimiento social. Realizó encargos diplomáticos ante reyes, visitando las cortes española, inglesa y francesa, donde usó su pintura para entregar mensajes a monarcas; es el caso de la *Alegoría de las bendiciones de la paz* (1629) que regaló al inglés Carlos I para persuadirlo a restablecer una relación funcional con España. Rubens no sólo fue un gran pintor, sino un animal político.

Volviendo al cuadro de Rubens, el hecho de no existir bocetos previos indica que no lo dio a trabajar a ningún aprendiz. Haberlo pintado sobre tabla, soporte material que reservó para los retratos de familia, y encontrarse dentro de su colección al momento de su muerte, se suma a la hipótesis de que lo realizaría para sí mismo y, aficionado a los subtextos, en efecto, Helena podría haber sido su modelo para la mujer de la izquierda. Por tanto, este es el punto para agregar algo que Acevedo percibió en 1915: su cuerpo fue al que el pintor reservó un tratamiento que revela “firmezas de la primera juventud”, “se ofrece complaciente”, en tanto las otras “espían su deseo”.

Pero, ¿por qué Acevedo quedó cautivado al grado de dedicarle sus reflexiones? Lo describe con una prosa exacta. Agregaré que también es engolada, pero no por ello menos efectiva. Hace

historia de la cultura, donde deja de lado esa prosa ampulosa. Añadiré un ingrediente. Cuando todavía en México escribió sobre pintura hizo una afirmación interesante:

Profeso horror a las clasificaciones en el arte [...] preferir la forma a la idea o el color a la línea, etc., etc.; clasificaciones que si tuvieron escasa razón de ser en otras épocas, cuando las fronteras del arte eran reducidas, en la actualidad no deben existir.

Acevedo era consecuente con lo que pensaba y ensayaba aquí de otra manera, no sólo de escribir sobre arte, sino de entender su materia, no con etiquetas, sino con ideas, no sólo con descripciones, sino con historia y análisis. Como se percibe, se contradecía: enumeraba colores, usaba una prosa descriptiva. Era un simple ser humano. Pero, a la vez, las maneras de comprender el arte y la belleza, el desnudo y su reflexión sobre la vida pasaron en este caso, y Acevedo creo lo entendió, por el hecho de que los Países Bajos, durante aquellos años, se hallaban divididos entre lo que Gombrich recordó en su *Historia del arte* como la “Holanda protestante, resistiéndose a la dominación católica española, y el Flandes católico, gobernado desde Amberes, leal a España”. Esa tensión de concepciones, incluso el intrínquil político, el arquitecto los conocía y los captó en una obra de arte concreta; por eso Acevedo quedó hipnotizado frente a este óleo. *Las tres gracias* de Rubens y el artículo de Acevedo son entonces mensajes de tolerancia al subrayar lo que de común existía entre dos ideas, la protestante y la católica, en torno al desnudo. En el primer caso es una obra íntima y, en el segundo, es la de un defenestrado.

Mucho se ha escrito sobre el inocultable volumen de las modelos. Creo, y soy poco original, que no se trata sólo de valores cambiantes sobre el arquetipo de la belleza. En el contexto de las guerras de religión ser gordo era una demostración de salud y bonanza. Por medio de su trabajo, metafóricamente Rubens daba gracias a la vida



Rubens por medio de su trabajo metafóricamente daba gracias a la vida por su segunda oportunidad de experimentar la felicidad al lado de Helena, mientras Acevedo descodificaba valores de manera precisa: escribía con ideas e historia para, a partir de una obra de arte, entender el mundo.

por su segunda oportunidad de experimentar la felicidad al lado de Helena, mientras Acevedo descodificaba valores de manera precisa: escribía con ideas e historia para, a partir de una obra de arte, entender el mundo y quizá su precaria situación de ese momento, destacando para cerrar su artículo, las aportaciones del flamenco: hizo a un lado la “sequedad triste y sensible” de los cuerpos que pintaron sus maestros. Hasta aquí mi lectura de un cuadro de Rubens y de un artículo de Acevedo. Ojalá provoqué otras más.

Pequeño llamado a la tolerancia

PASARON TREINTA años y en marzo de 1955 Reyes escribió a Torri: “yo tengo tres cosas más de Acevedo, todas de ese mismo momento, Madrid, 1915, breves y preciosas”. Nadie hasta ahora las ha integrado a su obra escrita. Estas líneas aspiran a ser un pequeño llamado a la tolerancia, un home-



▲ *Autorretrato, Paul Rubens, 1623.*

naje al trabajo de un hombre común y corriente, a la vez que un esfuerzo de comprensión de su desconcertante personalidad, pues estoy seguro de que vale la pena hacerlo. No debe sólo condenarse por su filiación política, o por violar un acuerdo sagrado de respeto a la privacidad al acatar indicaciones superiores (que en un contexto de guerra todas las facciones en pugna practicaron), cosa que tampoco lo disculpa. Por último, no nos sintamos satisfechos al estudiarlo de manera superficial repitiendo trivialidades que, por tanto, hemos vaciado de contenidos ●

VIENE DE LA PÁGINA 9 / LAS TRES GRACIAS.

de notar que sus figuras, y particularmente las desnudas, adolecen de sequedad triste y sensible. Evas flacas con pesado vientre; Adanes tísicos y barbudos, color de fango; arcángeles escuetos, como leños de invierno. Ninguna frescura en estos retratos que reflejen una vida sin goces ni esperanza. Sin embargo, están de moda y se les proclama fuertes y sabios –dos cualidades que nadie les disputa. No olvidemos que estas interpretaciones católicas y protestantes del cuerpo humano, corresponden a espíritus para quienes la vida es una vanidad y un abismo germinador de males. Los predecesores de Rubens vieron solamente al hombre deleznable, infinitamente pobre. Habían meditado, se habían envenenado de amor a la muerte. Por eso no pintaron la vida plena, valientemente desentendida de su fin necesario, sino las horas angustiosas de una existencia deformada, cargada de remordimientos en tránsito mortal. Algunos fueron ateos, pero no menos implacables que los otros. ¿Hay en el mundo un ser más cruel y rabioso que el monje laico? A veces disimulan su encono pintando minuciosamente telas de Persia, oro y pedrería de las Indias, cielos matinales admirablemente puros, las flores y las aguas.

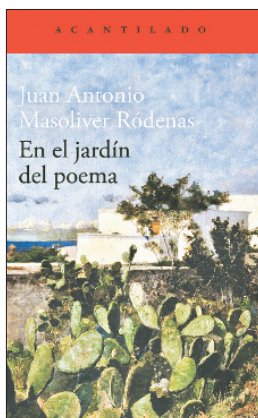
Pero no nos hagamos ilusiones. Cuando tratan de un problema de desnudo, cuando se ponen delante de la carne joven y apetecible, entonces triunfa en ellos el viejo reproche que guardaban escondido, pero vigilante; entonces niegan la envoltura deliciosa de la mujer, su gracia y su imperio. Entonces fabricaron esos amargos discursos cuaresmales, revueltos con ciencia anatómica. Rubens, que sabía tanto como ellos, restituyó a la carne su gloria perdida. La pintó nutrida de abundante sangre, luminosa, lavada, henchida de savia y deseos. Encontró nuevas expresiones para las formas en plena actividad o en reposo relativo, y supo imprimirles un ritmo largo, majestuoso, quién sabe si demasiado teatral, pero que satisface por su envoltura decorativa. Él no se equivocó en lo que los ojos piden. Los ojos quieren espectáculo ante todo, y después, tal vez acepten un poco de ética. También tuvo que figurar –pues su tiempo se lo exigía– santos y mártires, pero lo hizo sin concesiones. Pintó como siempre, con su donaire connatural, hermosos cuerpos, envueltos en magníficas telas y grandes gestos elocuentes y barrocos.⁵ La anécdota no logra sacrificar su visión. Él sigue imponiendo sus armonías radio-sas (*sic*); era pintor por excelencia. Así en la tela que nos ocupa: construye una escénica agrupa-

ción de frutos humanos sazonados, los remite de color esplendoroso, y luego la titula, para los doctos en églogas, Eufrosina, Aglae y Talía...⁶ ●

Notas:

1. Deidades paganas o ninfas.
2. Conjunto de perlas irregulares.
3. Nombre del fruto del árbol también denominado así, camueso, que es una especie de manzano.
4. Hoy sabemos que de su taller salieron más de 3 mil, y se piensa que él personalmente pintó aproximadamente la mitad.
5. Hay infinidad de ejemplos, pero baste ver *La caída de Faeton*, 1605, para ilustrar lo mencionado por Acevedo.
6. En la mitología griega así se denomina a tres de las hijas de Zeus y Eurínome (en algunas fuentes se dice que Hera fue la madre), llamadas Eufrosina, Aglae y Talía, quienes representaban el júbilo, la belleza y la abundancia respectivamente. Robert Graves aseguró (*Los mitos griegos*) que Hesíodo en su *Teogonía* fue quien “convirtió” a las dos Cárites “tradicionales” en tres, denominándolas con esos nombres.

Qué leer/



En el jardín del poema,
Juan Antonio Masoliver Ródenas,
Acanalado, España, 2024.

“EN LA TERRAZA/ miro las infinitas ventanas/ de las casas de enfrente/ por si hay alguna mujer desnuda./ No me importa la edad./ Me basta con que sea mujer/ y aprecie las miradas obscuras/ de quien no va a dar o a recibir/ nada más, lujuria de la mente,/ deseo como la cuerda del funámbulo/ que se rompe y lo arroja al vacío./ No, tanta teta y tanta nalga/ no son mi tema poético/ sino que soy yo que de pequeño/ vio desde la ventana/ orinar a una niña. Y ambos/ miramos el chorro/ deslizarse por la acera/ de la casa de las paredes curvas./ Pero lo que ahora recuerdo/ no es el orín”, escribe Juan Antonio Masoliver Ródenas en *En el jardín del poema*.



Cuentos completos,
Joseph Roth,
traducción de Alberto Gordo,
Páginas de Espuma,
España, 2024.

JOSEPH ROTH, uno de los escritores en lengua alemana más significativos del siglo XX, publicó cuentos magníficos. El libro incluye diecinueve relatos –algunos inéditos en español– como “Mendel, el aguador”, “Carrera”, “La casa rica de enfrente”, “El alumno aventajado”, “El Leviatán”, “El busto del emperador” y el clásico “La leyenda del santo bebedor”. El autor dijo de sí mismo: “Sólo sé escribir bien y rápido.”



Ni me gusta mi cuello ni me acuerdo de nada,
Nora Ephron,
traducción de Catalina Martínez Muñoz,
ilustraciones de Patricia Bolaños,
Libros del Asteroide,
España, 2024.

EL VOLUMEN contiene los dos textos más importantes de Nora Ephron. Sus editores en español aseveran: “Este libro reúne por primera vez dos de sus obras esenciales, *Ni me gusta mi cuello* y *Ni me acuerdo de nada*, maravillosamente ilustradas por Patricia Bolaños. Un regalo infalible, tanto para fans como para quienes no hayan leído todavía a una escritora que, da igual lo que nos ocurra, tiene siempre el remedio para reconciliarnos con el mundo.” La escritora escribe en *No me acuerdo de nada*: “Hace años que las cosas se me olvidan. Me pasa por lo menos desde los treinta. Lo sé porque entonces escribí algo sobre este asunto. Tengo pruebas. Por supuesto, no recuerdo exactamente dónde ni cuándo lo escribí, pero seguro que podría averiguarlo si hiciera falta. Cuando empecé a olvidarme de las cosas, se me escapaban las palabras y los nombres. Hacía lo que normalmente hacen ustedes cuando les pasa lo mismo: buscar en un diccionario mental y tratar de imaginarme por qué letra empezaba la palabra y cuántas sílabas tenía. Al final, el objeto perdido volvía flotando a mi cabeza y lo recuperaba. Nunca interpreté estos lapsus como augurios del destino; tampoco como signos de vejez o de senilidad real.”

Dónde ir/

Lola Cueto. Papel y tijera.
Curaduría del equipo del Museo Franz Mayer.
Museo Franz Mayer (Hidalgo 45, Ciudad de México). Hasta el 2 de febrero de 2025.
Martes a domingos de las 10:00 a las 17:00 horas.

LOS CURADORES DE la exhibición afirman: Dolores Velázquez Cueto, cuyo nombre artístico



fue Lola Cueto, fue una de las pocas mujeres que estudiaron en la Academia de San Carlos a principios del siglo XX y participó en la primera Escuela de Pintura al Aire Libre. Inspirada por cierto vigor nacionalista, “colaboró en actividades artísticas para la educación de las infancias y, como muchas mujeres alejadas del protagonismo de los muros, exploró otras expresiones artísticas, desde la pintura, la acuarela y el grabado, hasta la tapicería, la elaboración de títeres, el bordado, la laca y el papel picado.”

La inundación de la siembra. Disentimiento de la prisión.

Dramaturgia de Pablo Hoyos. Dirección de Judith Inda. Con Pilar Couto y Alberto Santiago.

Centro Cultural El Hormiguero (Gabriel Mancera 1539, Ciudad de México). Hasta el 14 de diciembre. Sábado a las 20:00 horas.

“A RAÍZ DE LA siembra de un delito, una familia se ve atravesada por las corrientes punitivas desde el interior de las instituciones penitenciarias y esto la sumerge en un ir y venir de estigmatizaciones, soledad y burocracia, durante diez años”, afirma el dramaturgo Pablo Hoyos.



LA INUNDACIÓN EN LA SIEMBRA.
DISENTIMIENTO DE LA PRISIÓN.
DE PABLO HOYOS
DIRECCIÓN: JUDITH INDA
CENTRO CULTURAL EL HORMIGUERO

En nuestro próximo número

La Jornada
SEMANTAL

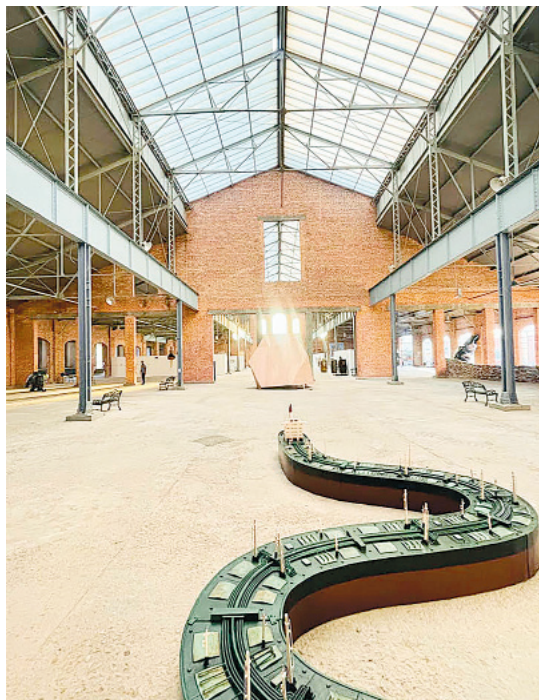
SUPLEMENTO CULTURAL DE LA JORNADA

CUÉNTAME TU NAVIDAD

Artes visuales / Germaine Gómez Haro

germainegh@casalamm.com.mx

15ta Bienal de la Habana 2024, contra viento y marea (I de II)



1

2

3

A cuarenta años de su fundación en 1984, la Bienal de la Habana se ha consolidado como uno de los encuentros más prestigiosos del escenario artístico internacional, cuyo propósito ha sido el diálogo, conocimiento y difusión de las artes visuales que se producen en las zonas geoculturales identificadas hoy como sur global –Asia, África, Medio Oriente, América Latina y el Caribe, incluyendo sus diásporas–, territorios de riqueza cultural ancestral que en aquellos tiempos no tenían cabida en otras bienales, incluyendo la más importante del mundo que es Venecia. La primera bienal, en 1984, estuvo dedicada únicamente a Latinoamérica y el Caribe, y fue tal su resonancia que se decidió ir mucho más lejos para posicionar el evento en lo que entonces se llamaba el Tercer Mundo. A partir de una premisa descolonial y descolonizadora, pionera en su momento, se comenzó a instrumentar un criterio curatorial bien definido que dio lugar a un espacio ideal para la reflexión de los tópicos más candentes de nuestro tiempo, como son las expresiones de la marginalidad, las relaciones de poder entre el centro y la periferia, el fenómeno de las migraciones y todo lo referente a entrecruzamientos culturales. Desde mi punto de vista, los temas desarrollados en las bienales habaneras han tenido la característica de abordar la actualidad desde una perspectiva plenamente humanista y, hasta cierto punto, alejada de la vorágine comercial de los países capitalistas.

Compartir horizontes es el lema de esta 15ta edición que se inauguró el 15 de noviembre, pese a toda suerte de inclemencias, comenzando por la difícil situación económica y política que se vive actualmente en la Isla, los apagones que provoca-

ron el paro nacional durante días interminables, el azote del huracán *Rafael*, y, por si fuera poco, la sacudida de varios sismos unos días previos a la apertura. No es de extrañar que dada la circunstancia muchos visitantes extranjeros hayan cancelado su viaje, pero quienes decidimos asistir contra viento y marea presenciamos un evento que no desmereció en lo absoluto, sino más bien resultó digno de admiración, por el titánico esfuerzo realizado por el equipo organizador de la Bienal bajo la dirección de Nelson Ramírez de Arellano, y la energía de los artistas participantes, académicos, curadores y gestores culturales que no se dejaron abatir y sacaron a flote el evento con puntualidad y una dignidad loable. He tenido la oportunidad de visitar las bienales cubanas consecutivamente desde el año 2000 y he sido testigo de su nivel de excelencia en cada edición. Vale la pena recordar la 12ª edición en 2015, que tuvo lugar en uno de los momentos más afortunados para el país desde el triunfo de la Revolución, cuando se hablaba de un “renacimiento” propiciado por la apertura económica que comenzaba a perfilarse gracias al acercamiento entre el gobierno cubano y Barack Obama. Hoy en día la situación es otra a consecuencia del recrude-

1. *Nube de madera*, Martin Steinert, en la Plaza Vieja.
2. Nuevo espacio Estación Cultural Línea y 18.
3. Exposición *Pequeñas historias sin nombre*, Centro de Arte Contemporáneo Wifredo Lam.

cimiento del bloqueo que se dio con la llegada de Donald Trump, y el actual ambiente de tensión que no podemos negar debido a los desafortunados actos de censura y represión a la comunidad cultural por parte del propio gobierno cubano.

A pesar de las circunstancias, y pese a la economía de recursos, la Bienal de La Habana ofrece un nutrido programa prácticamente inabarcable con la participación de alrededor de cuatrocientos creadores nacionales e internacionales presentes en más de doscientas muestras dispersas por toda la ciudad en galerías, museos, talleres abiertos de artistas y la exposición a cielo abierto en el malecón habanero conocida como *Detrás del muro*. Más allá de los espacios tradicionales, en esta ocasión se ha puesto énfasis en “establecer redes de conexión y retroalimentación con los creadores y la comunidad, es decir, con todo ese entorno al que, de alguna manera, se debe el arte”, como afirma Nelson Ramírez de Arellano. (Continuará...)



Tomar la palabra/ Agustín Ramos

Tres tripas de cuidado

OBRA MAESTRA DE machismo, abuso y misoginia. Y no me refiero a la política, que empolla a los Trumps y a los Mileis, sino a *Dos tipos de cuidado*, emblema del cine nacional. El núcleo de la historia es una violación reducida al mínimo y aprovechada al máximo por la cultura de opresión que sigue vigente a pesar de/ o justamente por/ hacer cómica la violencia contra las mujeres. Por un lado, la fotografía, la música y las actuaciones simpáticas divierten de lo lindo; por otro, nosotros vamos sumisos y complacientes a endiosar una obra que no tiene una sola secuencia –una sola– donde no se exhiban juntos el machismo, la misoginia y el abuso, o dos o cuando menos uno de tales usos y costumbres. ¡Válgame, Dio, así nos malcriaron!, diría Pedro Infante.

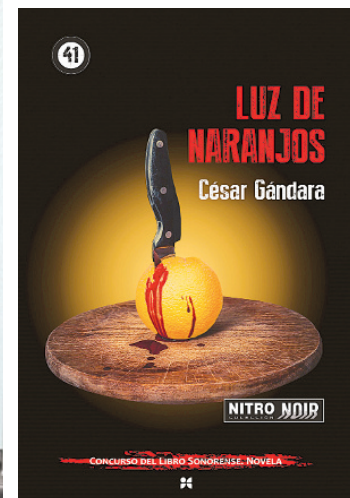
...Desde la proliferación de *narcoantenas* con Felipe Calderón, mi autoestéreo sólo agarra bien el 88.1 y Radio Fórmula, lo cual me fuerza a oír los noticiarios matinales típicos cuando voy a darle una manita de gato a mi coche. Como todo taller que se respete, este siempre tiene el radio a todo volumen, y ese día sintonizaba *Aristegui Noticias*, digna hechura de Televisa, MVS y CNN. ¡Viva mi desgracia, pues!, diría el mexicano feo de una película que también por usos y costumbres pone de bueno a un WASP.

Me tocó martes de contaminación. Por el hojalateo y por una experiodista que hoy es empresaria: la presidenta Sheinbaum había respondido las amenazas de Trump y el programa fluía alrededor de esa noticia en secciones a cargo de especialistas de disciplinas varias, pero de uniforme tendencia patronal y opositora, resentida y convincente. Amortiguada con tonos pastel y musicalidad de centro comercial, la línea editorial martillaba la *regresiva medida gubernamental* en turno, que en esta temporada otoño-invierno va contra la reforma judicial como en primavera-verano fue contra el maximato de AMLO. En ese nadar sincronizado flotaba la pluralidad formal del coro de una audiencia unánime, aldeana y nacional.

–Tu opinión nos interesa, ¡sí señor!, y la difundiremos como contrapunto que aconseje acatar-lo que-Trump-mande-porque-los-abrazos-de-López-y-la-deuda-que-dejó-y-porque-Sheinbaum-no-hace-nada-contrala-delincuencia.

El mismo día en la tribuna del Senado, otra Carmen, Lili Téllez en buen español, con el mismo pero menos sutil veneno de patente, profirió mueras a la *presidenta* Claudia, vivas a Trudeau e insultos a Noroña (*sic* por la omisión del cargo y del *nombre correcto* de este *bellaco*). Costumbrismo, pues. Lo raro fue que los simpatizantes de la 4te difundían mucho más esas diatribas, en X, Meta, TikTok e Instagram. Y como para poner en duda su buena fe y su oficio, o como para entrecomillar sus simpatías, estos comunicadores se contentaban con viralizar la vociferación de esa senadora pluri, ahorrándose la molestia de analizarla como hechura de TV Azteca, una bazofia peor que Televisa, flor y espejo de obscenidad política oculta a medias tras el papel de “psicópata integrada”, al igual que Anabel Hernández y Azucena Uresti, entre otras tristes tripas de cuidado.

Hablando de tripas y hechuras, causa sincera lástima el *self made monster, opinion leader & fake news reader* de apellidos Gómez Leyva. Así que para evitarle más entripados, una hemiplejía cuata o hasta un infarto de hígado, sugiero al auditorio consuetudinario de Radio Fórmula que exija silenciar opiniones inconvenientes a los intereses de este flamante prócer desterrado a España por quienes dogmatizan y descalifican desde “el poder”. –Si ya saben cómo soy, ¿pa qué me invitan–, dice Tucita. –Pa levantar el *rating*–, responde el amo Azcárraga ●



Biblioteca fantasma/ Evelina Gil

Crímenes de pasión

NO SABEMOS LA edad de Sabina Miranda, pero afirmaríala que es una *millennial* en sus treinta y pico. Es, de hecho, un personaje que oculta muchas cosas, aunque lo esencial aflorará de a poco. Es criminóloga y agente de policía, de una inteligencia excepcional pero no exenta de pasiones humanas como serían los celos. Se trata no sólo de un personaje complejo e interesante, sino por completo verosímil, pese a surgir del imaginario de un autor casi siempre enfocado en personajes varones y muy jóvenes, el sonorensé César Gándara quien a través de *Luz de naranjos* nos entrega una de las novelas negras más atípicas e innovadoras de reciente publicación en México.

Vale la pena señalar de Gándara es también escritor de series de *streaming*, entre otras, *Un extraño enemigo* (Prime Video) y la exitosa biopic de José José (Netflix); esa experiencia se replica espléndidamente en la obra que nos ocupa, que goza de una dinámica cinematográfica. *Luz de naranjos* (Nitro Press/Instituto Sonorense de Cultura, 2024) narra la historia de una agente que está a punto de recibir una gran promoción que le permitirá abandonar un lugar que, si bien ama, la asfixia por el machismo imperante que traspasa las paredes de su oficina, “Todo era lo mismo. Personas conservadoras, ignorantes, violentas y machistas que satisfacían el hambre de manera mecánica. Por eso quería marcharse lejos, para no tener que recordar en cada salida lo mucho que le desagradaba el lugar donde había nacido.” Pero surge un imponderable que le impedirá salir corriendo, tal como desea. Aparece el cadáver irreconocible de un hombre asesinado con tal saña que sugiere un crimen pasional, pese a encontrarse en un territorio dominado por el *narco* y el crimen organizado. Sabina localiza en el cuerpo del infortunado un tatuaje idéntico al que ella misma lleva en un glúteo, suficiente para advertir que corresponde a Ringo, su primer amor. Decide entonces resolver ese crimen al que los

demás parecen no concederle la debida importancia, o fingen no hacerlo. Esto la llevará a entrar en conflicto con su jefe y mentor, el comandante Heredia, gestor de su muy merecida promoción. El único interesado en acompañarla en esta aventura, que habrá de emprender sin su placa y su inseparable pistola, que no ha tenido oportunidad de disparar en el ejercicio de su deber (habrá de reemplazarla con la que le heredó su padre, también policía), será el Checo Ayala, al que prácticamente acaba de conocer y a quien se había contratado para relevarla en su cargo, pero parece empeñado en convertirse en algo así como un caballero andante para la recia mujer a la que recién conoce y no parece necesitarlo. Aunque esto podría cambiar.

Al tiempo que sigue pistas que la aproximan peligrosamente a una inimaginable verdad, Sabina recobra la nostalgia y los recuerdos de su relación con Ringo, en un momento especialmente vulnerable para ambos, a la vez que va conociendo al Ringo real o, mejor dicho, al hombre en que se convirtió y que nada tiene que ver con aquel jovencito que soñaba con liderar su propia banda de rock. Entre los muchos personajes de la vida posterior de Ringo con que Sabina habrá de lidiar, se encuentra Verónica, la enigmática esposa, la mujer con la que sí se casó y que es justo lo contrario de la agente: rubia, delgada y de alta sociedad. Sabina enfoca en ella sus sospechas, hasta que entiende que sus sentimientos están interfiriendo con su raciocinio, ahora que más lo necesita. De cualquier manera, en Verónica se encuentra la clave de la insospechada razón por la que Ringo, próspero empresario naranjero, se convirtió en blanco de un odio homicida que, por si fuera poco, cuenta con múltiples sospechosos. Gándara despliega una historia envolvente, seductora y con múltiples vueltas de tuerca que es, asimismo, una inclemente crítica al machismo y a la doble moral que van invariablemente unidas, y lo hace con pasmosa brillantez y humor negro, no exento de momentos conmovedores ●

Bemol sostenido/ Alonso Arreola

@escribajista

La Perra, gracias

ELENA Y PERICO. Perico y Elena. La Perra. Un proyecto inscrito en el rock alternativo, rock progresivo o... ¿rock en oposición? Ellos dicen: "Power Dúo, Rock de Cámara." Y nos gusta, lo que no importa, a decir verdad, pues su arte trasciende desde cero, sin etiquetas ni prejuicios. ¿Cómo los conocimos?

Han pasado casi tres décadas desde que llegaron a nuestros oídos sus primeros temas. Al principio causaron impresión ambivalente, algo que la propia Elena recordaría en un mensaje privado de Facebook que nos envió hace diez años. El contenido de su texto nos conmovió e hizo reflexionar mucho (lo que nunca le dijimos). Entonces alcanzamos a responderle brevemente, en medio de una compleja producción que sufríamos en Guadalajara.

Nos prometimos que luego le dedicaríamos más líneas para conversar a fondo. Pero nunca ocurrió. Fallamos y el silencio se convirtió en espina. Ello fue triste porque las líneas de Elena exhibían una humildad y grandeza encomiables.

Allí nos recordaba la crítica que publicáramos tras la salida del segundo álbum de La Perra, *Fricción visual*. Compartía, además, su trayectoria posterior como pupila de Robert Fripp (King Crimson) y como estudiante en una carrera de composición. De alguna manera hacía las paces con nuestra pluma, compartía el trayecto andado y nos invitaba a la conversación.

Es por ello que hoy aprovechamos este espacio (tras nuestro reciente encuentro en un pequeño festival de mujeres bajistas que organizamos), para compartirlas a ella y a Perico lo mucho que estimamos su arte y, más que nada, su persistencia y magnífica evolución.

No. No justificaremos la pausa transcurrida. Tampoco responderemos a su viejo mensaje ni hablaremos de su último y excelente álbum (*Rodando*). Partiremos, simplemente, de lo que fue tenerlos hace un mes cobijando a nuestras alumnas sobre el escenario del magnífico Foro La Paz.

Asombroso. Ese sería el adjetivo. Ver y escuchar a La Perra fue asombroso. Hablamos, como decían antiguos filósofos, de una emoción que desafía la comprensión convencional. Algo que nos deja en la disposición del conocimiento. Quienes allí estábamos nos sentimos privilegiados.

Obsesión. Detalle. Pero bosquejo. Trazo que finaliza apenas maduran sus intentos. Semilla suspendida en la espontaneidad. Bonsái de torsiones inspiradas. Conquista del musgo elemental en un bosque de copas altivas y elevadas... Manzana que evade al suelo. ¿Exageramos? ¿Confundimos?

Lo sentimos, lectora, lector. Ya lo dijimos: estas líneas son para Elena y Perico. Si proponemos algún misterio es porque intentamos el sentido de sus musas. Columnas y dinteles lisos. Muros limpios. Pisos de concreto pulido (sin muebles). La espalda de una figura que nunca se verá expulsada de la piedra... Bajo y batería. Batería y bajo. Cimiento del no edificio que habitamos arrobados.

Ella: dedos, plumilla, slap, tapping, técnicas múltiples sobre acordes, bases y melodías de naturaleza variopinta. Sin efectos. Él: ritmos lineales, soltura, flotación, timbres bien elegidos en la retadora mina del ensayo. Ambos en rigor antisolemne, enalteciendo una niñez que juega creando hallazgos transparentes.

Bajo al centro y batería a un lado. Elena sin hablar y Perico bromeando. Ella bailando, sonriendo, serpenteando, mirando de frente; conduciendo voces afortunadas (hasta en la kalimba), pisando huellas que la gente aplaude: "Es como Primus, pero de pronto suena a Rush, pero allí es como los Peppers... pero qué maravilla." Son los comentarios que escuchamos. Y tienen razón, aunque nosotros sumaríamos una originalidad pergeñada lejos de la urbe.

Lo más relevante y para terminar, creemos, es que en esa música ladra una paradoja que dejamos a manera de recomendación: la perra es fiera y vive libre, pero en salvaguardia domesticada. Elena, Perico. Gracias. Buen domingo. Buenos sonidos. Buena semana. ●



Cinexcusas/ Luis Tovar @luistovars

Felices híbridos (II y última)

ASÍ PUES, de la serienovela cortísima o muy largometraje titulada *El secreto del río*, producida y codirigida por Ernesto Contreras, Alba Gil y Alejandro Zuno, compuesta por ocho capítulos o episodios, puede afirmarse que, en virtud de eso que en la entrega pasada se definió aquí como vocación formal cinematográfica, así como por la mínima concesión posible al ritmo, los tics y trucos inherentes a dicho tipo de historias, se desmarca notable y gratamente del aluvión de "series" que abruman los servicios de *streaming* y, a través de ellos, a un espectador cada vez más habituado a un *tempo* narrativo claramente distinto al cinematográfico pero, paradójicamente, deudor eterno de éste, de modo que entre más cine parezca, mejor se ve la "serie".

Con sensibilidad y respeto

UN CRIMEN AÑEJO, se decía, es el asunto central en torno al que gira la trama de *El secreto...*: cuando rondaban los once, tal vez doce años de edad, Manuel y Erik se volvieron amigos inseparables pese a las presiones en contra de que así fuera, provenientes en particular del padre de Erik, padre y macho convencional para quien la "influencia" de Manuel en su hijo haría de éste "otro joto". En plena celebración de una boda, Manuel está a nada de ser agredido sexualmente por el alcoholizado novio, él y Erik logran evitarlo pero, accidentalmente, el novio aspirante a violador muere, ahogado en el río aludido en el título.

A raíz de esos acontecimientos Manuel abandona el pueblo, con el tiempo se va a vivir a Estados Unidos y no vuelve en años, lo cual hace sólo para asistir al funeral de Solange (La Bruja de Texcoco, magnífica), la muxe que, cuando Manuel todavía era Manuel, inteligente y amorosamente lo ayudó a crear el espacio emocional necesario y a forjar la determinación para convertirse en ella misma, es decir en Sicarú.

El retorno de Manuel/Sicarú al pueblo es el punto de partida para el doble conflicto desarrollado en *El secreto...*: por

un lado el desentrañamiento de aquella muerte en el río, cuya verdad quedó sin resolver y que décadas después sigue pesando en la conciencia comunitaria y, por el otro, el conflicto que a Erik le suscita no saber cómo reaccionar con el regreso de quien fuera su amigo de la infancia, quien desde su perspectiva *es y no es* quien era.

Mientras el *thriller* sigue su curso –un policía local con olfato detectivesco que finalmente logra averiguar qué sucedió en realidad, otro corrompido que reabrió el viejo caso irresuelto por conveniencia personal, los pasos de la investigación que van conduciendo hacia Erik y Manuel/Sicarú...–, de manera paralela tiene lugar el verdadero meollo de la trama: el rechazo inicial que Erik no puede evitar, la reconciliación ardua y no exenta de vaivenes –incluyendo una atracción sexual que atraviesa entera la historia y, por fortuna, se resuelve muy lejos del convencionalismo y los lugares comunes–, la complejización del dúo cuando se vuelve trío en conflicto, puesto que Erik y Paulina pasaron de ser amigos de la infancia a esposos y ella, en algún momento, para decirlo con una expresión popular, no puede sino *sentir pasos*, por el amor evidente que une a su marido y Sicarú... pero que no es de pareja sino, tal como Solange se los anticipara muchos años antes, de una amistad que "vale más que mil amores".

No es sólo la identidad de género el tema de fondo en *El secreto del río*, sino también las taras sociales que suelen acompañar a su reivindicación, incluso en un entorno cultural que podría suponerse menos susceptible del prejuicio, como es el Istmo de Tehuantepec, donde las muxes, según puede apreciarse aquí, viven menos libres de lo que podría suponerse, cotidianamente son enfrentadas a la discriminación y la violencia de género y les resulta preciso defender de manera permanente su derecho a ser lo que son.

Si las *serienovelas* se ocupan con sensibilidad y respeto de temas así, bienvenidas sean ●

Nidia Castro

Que me siga la tambora: música de banda en Culiacán



▲ Soldados del ejército mexicano, Culiacán, 2024. Foto de AFP/ Ivan Medina.



▲ Culiacán, 2023, Foto: AFP/ Marcos Vizcarra.

Dolorosa crónica de una ciudad de nuestro país “en estado de guerra”, Culiacán, Sinaloa, donde la tambora suena en un semáforo apenas para recibir lo necesario para “irla pasando”, en medio del “pesado sonido del silencio” después de una balacera más.

Es media mañana cuando, en un cruce, el semáforo en rojo detiene los autos. Al compás de las luces, entre el amarillo y el verde, se oye la tambora con una de las canciones más icónicas de la música tradicional sinaloense. Es una banda que toca en la banqueta, como muchas que han aparecido en Culiacán los últimos días. “El sauce y la palma/ Se mecen con calma/ Sus hojas se visten/ De una cara azul.”

El corazón se sobresalta, se quiebra; torrente de ojos. Culiacán vive en un estado de guerra por la violencia entre grupos del *narco*. Nadie nos impide salir a la calle, sólo el miedo. No hay clases. No hay vida social. No hay fiestas.

Los músicos, que suelen trabajar de noche, no encuentran clientes y han decidido salir a las calles a botear entre los carros. Tocan versiones cortas para seguir el ritmo del semáforo. Si acaso los estribillos. No cantan: la música tradicional de tambora está hecha sólo de acordes. Sin embargo, las letras de Luis Pérez Meza están tatuadas en la memoria: “Qué largas se me hacen/ las horas

“

Los músicos, que suelen trabajar de noche, no encuentran clientes y han decidido salir a las calles a botear entre los carros. Tocan versiones cortas para seguir el ritmo del semáforo. Si acaso los estribillos. No cantan: la música tradicional de tambora está hecha sólo de acordes.

sin verte/ Joven de mi alma/ La dueña de mi amor.”

Aquí el sentido de la vida no se entiende sin los sonidos de la tambora. Sin los platillos, la trompeta, la tuba. Pero ahora se respira un aire distinto, casi un tufo.

“No hay chamba, necesitamos el peso para llevar comida a nuestras casas. Algo a cambio de un poco de música.”

“Nosotros también tenemos miedo y hambre. Y, pues, no sabemos hacer otra cosa que tocar música”.

“Sacamos los trescientos, los cuatrocientos pesos. Al principio sí era más. Pero se agradece el apoyo, aunque sea para ir la pasando”.

Largas tardes y noches en que la ciudad se queda inmóvil mientras suenan los tiros. Ni los perros ladran. Una ambulancia –o patrulla– rompe esa falta de ruido mientras el corazón vive el sobresalto. Y luego, el pesado sonido del silencio.

Las humaredas por quema de coches se han vuelto cotidianas. Alejarse de ahí lo más rápido posible es la única acción que sigue el instinto. “Porque eres un ángel/ Bajado del cielo/ ue le da consuelo/ A mi pobre corazón.”

Culiacán sitiada en sus cuatro sentidos. Hoy fueron diez; ayer, diecinueve personas asesinadas; antier, doce. Hoy, los que se sumen. Más de trescientas ochenta, dicen las cifras oficiales. En setenta días de encierro, más de cien mil llamadas al 911.

Hay tanto miedo a morir, que la gente podría morir de miedo ●